EL HERALDO

N°22 AGOSTO 2025

TERTULIA POÉTICA

MISTERIO EN LA LUNA

Mujeres: artifices de la literatura

CURIOSIDADES SOBRE HISTORIAS REVERSIONADAS

2509052983012

Indice

Carta del Editor 3
Curiosidades literarias 4
Habia una vez 6
Reseña literaria 31
Tertulia poética 34
Mujeres artifices de la escritura 37
Misterio en la luna 40

CARTA DEL EDITOR

Por: Ariel Sosa Mansilla

¿Qué hubiera pasado si…? Esta pregunta se hizo famosa en una serie de Marvel, explorando los mundos literarios del cómic y de la televisión. Pero a nosotros nos toca incursionar en la literatura tomando los hechos reales que ocurrieron a lo largo de la historia de la humanidad, hechos relevantes que desde niños y adolescentes en la escuela nos enseñaron a conocer. He aquí donde el escritor, con la habilidad de su pluma, se anima a ir más allá de los historiadores y comienza a preguntarse qué hubiera sucedido si ese hecho no ocurría y cómo hubiera impactado en la historia.

Interrogantes que se abren a nuestra mente y que solo el escritor que se anime a crear una historia a partir de ese interrogante desplegará sus habilidades para cautivar a los lectores.

CURIOSIDADES LITERARIAS

¿QUÉ HUBIERA PASADO SI…?

por: Michel Pérez Pino

Infinidad de veces en la vida nos hemos preguntado: ¿qué hubiera pasado si…? En la rutina que a veces nos envuelve, o en el decursar de la vida misma. La frase es la base de la literatura de ficción histórica y la literatura especulativa (o de ciencia ficción). En estas obras se exploran diferentes posibilidades y consecuencias de eventos históricos o futuros, a través de narrativas que cambian elementos cruciales de la realidad.

Ficción histórica

En la ficción histórica, los autores se basan en hechos reales y los modifican para crear historias alternativas. Por ejemplo, un autor podría preguntarse: "¿Qué hubiera pasado si los nazis hubieran ganado la Segunda Guerra Mundial?" o tal vez "¿Qué hubiera pasado si Napoleón hubiera conquistado toda Europa?". O quizás, un poco más especulativamente: "¿Qué hubiera pasado si la conquista de América hubiera sido al revés, si Moctezuma y los incas hubieran atravesado el Atlántico?"

Este tipo de literatura permite explorar diferentes escenarios y analizar las implicaciones de eventos históricos desde una perspectiva distinta. ¿Veríamos el mundo desde otra óptica, o sería muy diferente de como lo vemos ahora?

Ciencia ficción (o literatura especulativa)

En el caso de la literatura especulativa, incluyendo la ciencia ficción, el foco está en la exploración de posibles futuros, a menudo con base en avances científicos y tecnológicos. Preguntas como "¿Qué pasaría si existieran viajes interestelares?" o "¿Cómo sería la vida en una sociedad completamente controlada por la tecnología?" son ejemplos de temas explorados en este género. En la literatura, escritores como Julio Verne e Isaac Asimov reflejaron mundos futuristas y viajes interestelares impensables para su época.

La novela de ciencia ficción Los mercaderes del espacio, de Frederik Pohl y Cyril M. Kornbluth, describe un mundo donde las empresas comerciales ostentan el poder más absoluto, en el que han fagocitado al sistema político y los señores del comercio dominan el planeta.

La ciencia ficción, en particular, a menudo utiliza estas especulaciones para comentar sobre temas sociales, políticos y éticos relevantes en la actualidad, teorizando sobre posibles implicaciones o la vida futura de la humanidad.

En ambos casos, la frase "¿qué hubiera pasado si…?" impulsa la imaginación y la creatividad, permitiendo a los autores y lectores explorar diferentes facetas de la realidad y sus posibles consecuencias. Este tipo de literatura no solo entretiene, sino que también puede ser una herramienta para la reflexión y el análisis de la sociedad y la condición humana.

HABIA UNA VEZ

.EL OCÉANO QUE CALLÓ UN CONTINENTE

por: Wagner Ricardo Guerra Capuena

Dicen los cronistas que los mares tienen memoria. Que cada ola guarda secretos y cada corriente oculta decisiones que cambiaron la suerte de los hombres. Y cuentan, en un rincón secreto de la historia, que el Atlántico decidió jugarle una broma al destino.

Era octubre de 1492. Tres carabelas, gastadas de tanto luchar contra las olas, buscaban tierra firme. Pero aquel amanecer el viento cambió de rumbo y se llevó con él cualquier esperanza. Las velas se inflaron hacia el este, no hacia el oeste. Las brújulas parecieron enloquecer, y el horizonte, implacable, se mantuvo vacío. Así, las naves jamás llegaron al Nuevo Mundo.

Regresaron a España, no cargadas de oro ni de promesas, sino de hambre, peste y desvaríos. La mitad de los hombres murieron en altamar, devorados por fiebres y delirios. Los que sobrevivieron pisaron tierra con la mirada extraviada; como sombras, no se reconocían entre ellos.

Cristóbal Colón, que había soñado con un mundo nuevo, se presentó ante los Reyes Católicos con las manos vacías. El olor de la derrota aún impregnaba su ropa. El silencio del salón real fue más cruel que cualquier tormenta.

—¿Dónde están las riquezas que prometiste? —preguntó Isabel, helada como hierro.

Fernando lo miraba con desdén. Sus consejeros cuchicheaban, burlándose del genovés que había jurado mares de especias y tierras interminables.

Colón tragó saliva.

—Majestades… hubo tormentas, hubo hambre, hubo… —su voz se quebró—. Pero sé que esas tierras existen.

El rey lo interrumpió con un golpe de mano sobre el trono, dejándola marcada con el emblema de su anillo.

—¡Patán! —exclamó—. Has manchado tu honor y el nuestro. Nos vendiste humo.

Las carcajadas de la corte llenaron el salón. Colón, que había soñado con glorias inmortales, se convirtió en bufón de su tiempo. Su nombre se volvió sinónimo de fracaso, y su mirada ardía de vergüenza.

En un arrebato de orgullo intentó defenderse.

—¡No me llaméis mentiroso! ¡Yo vi las señales! Troncos tallados, aves distintas, corrientes que llevaban a un mundo nuevo. ¡No soy un farsante!

Ese grito fue su condena. Fernando, irritado por la insolencia, exclamó: “Los argumentos que salen de tu boca son solo caprichos de tu imaginación. Arréstenlo.” Colón escapó a duras penas, huyendo como un criminal. En su recorrido por el palacio se encontró con el tesoro real, agarró lo más que pudo y se perdió entre las sombras de Sevilla.

Durante meses vivió como un fantasma. Cambiaba de nombre en cada puerto, dormía en tabernas y pagaba silencio con el poco oro. Pero en su interior ardía un fuego que no lo dejaba descansar. La burla de la corte lo perseguía en sueños: “Patán, farsante, traidor”.

Para lavar su honor, juró volver al mar. No como almirante de Castilla, sino como un hombre libre, aquel que sería capaz de desafiar a los dioses por volver a la gloria. Se unió a un grupo de mercenarios que buscaban saquear naves en el Mediterráneo. Entre ellos robó un barco maltrecho, convenciendo a unos cuantos desesperados de acompañarlo hacia el oeste.

—Allí nos espera un paraíso —dijo con una sonrisa rota—. Tierras que nadie ha visto, riquezas que harán temblar a los reyes.

Lo siguieron, no por fe, sino por codicia.

Navegaron días y noches. El mar parecía abrirles un camino, pero pronto se volvió enemigo. Las lluvias eran látigos que castigaban las velas, las olas se

alzaban como montañas, y cada rayo iluminaba rostros cansados, ennegrecidos por la sal.

Colón mantenía la esperanza.

—Más allá, un día más, y lo lograremos.

Pero los dioses —o tal vez el destino— no permitieron que tocara la tierra prometida. Una tormenta los arrojó a un mar inmóvil, una extensión infinita de agua lisa como espejo. Allí no había viento, no había corrientes, no había gaviotas. Solo silencio.

Los hombres intentaron remar, pero el océano parecía burlarse: cada esfuerzo los devolvía al mismo lugar. Las velas colgaban muertas, y el sol quemaba sin piedad.

Día tras día, la desesperación los consumía. Algunos murieron de sed, otros de locura. Colón, rodeado de cadáveres y con la piel abrasada, se negaba a aceptar el destino.

—Este no puede ser mi final… —murmuraba, mirando el horizonte inmóvil.

Pero lo fue. El mar lo atrapó en sus aguas quietas, como si quisiera guardarse para sí al hombre que había intentado robarle un secreto.

Así terminó Colón, devorado no por monstruos marinos ni por flechas enemigas, sino por el silencio de un océano que no quiso dejarlo pasar.

Europa, sumida en guerras y traiciones, pronto lo olvidó. El nombre de Colón desapareció de los registros, condenado al desprecio. Nadie volvió a pronunciarse del Nuevo Mundo. Los mapas siguieron mostrando una gran mancha blanca en el oeste, un abismo sin nombre.

El mundo cambió de otro modo. Los reinos europeos, sin nuevas tierras que saquear, se desgarraron entre sí. La peste regresó, los campesinos se rebelaron, y el hambre cubrió los campos. Sin oro americano, España nunca se volvió imperio. Sin plantaciones, África no conoció la esclavitud transatlántica. Sin

colonias, Inglaterra y Francia buscaron riquezas en guerras interminables dentro del Viejo Continente.

Mientras tanto, al otro lado del mar, los pueblos originarios siguieron viviendo sin la sombra del conquistador. Sus ciudades florecieron, sus lenguas se multiplicaron, y sus dioses no fueron quemados en hogueras. El jaguar siguió siendo sagrado, los templos se llenaron de cantos, y los ríos corrieron libres.

Dicen los cronistas —los pocos que recuerdan esta historia borrada— que el Atlántico guardó silencio durante siglos, satisfecho con su broma. Que las olas se reían cada vez que un marinero hablaba de tierras más allá del horizonte. Y que, en las noches de calma, si uno escucha con atención, puede oír la voz de un hombre derrotado que aún susurra:

—Un día más… un día más, y lo lograremos…

Pero nunca lo logró. Y así, en esa historia que no fue, el paraíso del otro lado del océano quedó intacto, oculto bajo el manto azul de un mar que supo callar.

ANG: EL PORTAL DEL TIEMPO

por: ***Ariel*** **Sosa Mansilla**

Me apasiona la historia antigua a tal punto que cierto día llegó a mis manos un "*Anj*"es conocido también por los egipcios como "la llave de la vida" y por los cristianos como "Cruz Ansado", que representa la vida y la inmortalidad.

Este símbolo se utilizaba como amuleto para brindar protección divina hasta que se creía que era la llave que podía abrir la puerta al más allá.

Pero descubrí que, no solo podía abrir puertas al más allá, sino portales temporales hacia el pasado e incursionar en ellos

Fue así que, aquella llave, me transportó con portal mediante hacia el antiguo Egipto. En las riberas del Nilo, aparecí entre medio de unos juncos que se hallaban a la vera del río y no muy lejos de allí ver a una joven mujer que paseaba solitaria vistiendo una sencilla túnica blanca adornada con cintas de colores y en sus cabellos una diadema de oro.

La joven no tendría más de treinta años, morena, ojos negros y cabellos negros. Calzaba sandalias y caminaba ensimismada en sus pensamientos.

Decidí no moverme para no asustar a la mujer, pero no duré mucho tiempo inadvertido porque un perro que acompañaba a la joven me descubrió y comenzó a ladrar en forma insistente.

La joven llamó al perro y este cesó en sus ladridos, me tuve que levantar y sacudirme el polvo, cuando me di cuenta de que vestía como un egipcio.

- ¿Quién eres tú? __preguntó ella con temor

-Perdón que la asusté, estaba durmiendo una siesta entre los juncos__le mentí a ella.

-Raro es hallar a alguien durmiendo una siesta por aquí. Pero bueno siempre pasan cosas raras por aquí.

- ¿Por qué lo dice?

-Interrumpiste mis pensamientos, extraño.

- ¿Yo?

-Si tú. Y veo que tienes en tu una *Anj*.

La mujer contempló con interés el objeto que poseía en mi mano, luego me miró a los ojos.

-Tú eres la señal que los dioses me han enviado.

-Señora yo no soy…

-Eres la respuesta a mi incertidumbre.

- ¿Incertidumbre?

-Si. Debía viajar a Roma con mi padre para que el reclame el trono de Egipto que por derecho le corresponde. No voy a ir.

-Vaya porque yo aparezco usted tiene el asunto resuelto.

-Eres un mensajero de Osiris y además muy guapo.

-Yo no soy mensajero de nadie…soy un hombre.

-De eso me di cuenta. Tú no eres de aquí

- ¿Cómo lo sabes? –

-Por tu tonada no eres de aquí y es la primera vez que la oigo.

-Soy más allá del mundo conocido.

-Me parece interesante conocer a un forastero. Mi nombre es Cleopatra.

Al escuchar su nombre, un frío corrió por mi columna, allí estaba una de las mujeres más grandes de la historia antigua.

-Es un honor para mi conocerla princesa, mi nombre es Alejandro

De repente, ella se acercó y me dio suave beso en los labios,

-Princesa…yo.

-Ella me hizo callar y me volvió a besar, intenté apartarme de ella, pero correspondí a sus besos en forma apasionada.

Me miró a los ojos fijamente y me dijo:

-Sé que mañana las brumas del olvido caerán sobre mis días y yo tal vez, no recuerde este momento compartido con un mensajero de Osiris. Pero quiero

que sepas que una parte de mi te agradece de haber aparecido providencialmente en mi vida.

Levantó su mano libre para acariciar mi mejilla suavemente, rozando con las yemas de su dedo en mi rostro.

Acaricie sus facciones correspondiendo a sus caricias enervantes, ella se quitó su diadema y su túnica blanca

Su cuerpo desnudo al descubierto, morena, voluptuosa e imponente y sus ojos negros expresivos que me invitaban a prodigarme de tan exquisito manjar que exacerbaban mis sentidos

Mis manos no se quedaron quietas y comenzaron a recorrer su geografía, sin oposición ni quejas solo la conformidad de unos suaves jadeos de placer que consentían el inicio del camino apasionado. Ella también comenzó a recorrerme con sus manos, acariciando cada centímetro de mi cuerpo, besos apasionados, aumentando la vorágine de la lujuria y el deseo que terminó por consumarse en las aguas del Río Nilo.

Comenzó a caer el atardecer, mientras los dos estábamos tendidos sobre la arena y contemplábamos las primeras estrellas que comenzaban a aparecer en el cielo.

-¿No vas a ir a Roma?

-No. Me quedaré aquí junto a ti.

-Junto a mi

-Si eres el enviado de los dioses, quisiera tenerte a mi lado.

-Yo….

-Me gustas y creo que podríamos hacer muchas cosas aparte de este encuentro apasionado. Veo que contigo podría construir algo que trascenderá más allá del tiempo.

- ¿Porqué dices eso?

-Es una corazonada que tengo, y que me estoy enamorando de ti.

No me dejó continuar hablando, porque un beso de sus labios y unas caricias por debajo de mi vientre despertaron nuevamente el fuego al que no pude permanecer ajeno y que ella me había invitado.

Me quedé en Egipto en aquella época como el amante de Cleopatra, luego como su novio y finalmente como esposo al cual me llamaron Alejandro Ptolomeo

Nunca di a conocer el secreto del portal del tiempo, porque con mi incursión había modificado la historia en mi provecho.

Hoy tengo una familia con cinco hijos, nacidos de mi unión con Cleopatra, por ellos hoy destruyó el *Ang*, y nadie jamás, sabrá lo que aquí ha pasado.

AMÉRICA EN ESENCIA

por: Yari Morales

El sol calentaba el día. El paisaje, un reflejo de lo que la sociedad simbolizaba. Don Juan miraba desde su hamaca allá en la campiña. El cronista, dedicado y responsable de su nación, reflexionaba sobre su cultura, la expansión a lo largo de los años y de los siglos…

Las naciones indígenas se habían organizado desde hacía miles de años. Culturas tan parecidas y tan diferentes a la vez. Cada una, experta en algo distinto, pero tan similares en la conexión con la naturaleza, la energía, la esencia…

Desde que se organizaron como una sola raza, la indígena americana, se convirtió en una potencia mundial en cuanto a la economía, la agricultura y la salud. No había existido nación que hubiera podido superarlos hasta entonces. Sus tierras, ricas en oro, plata y cobre, los habían hecho los números uno en joyería a nivel mundial. Los terrenos fértiles, libres de pesticidas, habían sido los responsables de la alimentación saludable y de calidad de la región.

Don Juan documentaba cada detalle en su libreta para luego analizar los datos. Martina, su esposa, llegaba a su encuentro con su tacita de café.

—¿Qué haces? ¿Sigues documentando datos?

—Sí, sabes que siempre he pensado en nuestra América y en qué cosas serían posibles en estos tiempos. El 2025 ha sido un año de mucha expansión.

—Me encanta que hagas eso. Creo que hemos logrado muchas cosas luego de esta unión entre todos los indios de América.

—¿Te imaginas qué hubiera ocurrido si los españoles o los portugueses nos hubieran invadido? —preguntó Martina.

—Según dicen, hubo un tal Cristóbal Colón que trató de buscar las Indias, pero, según las historias que he podido leer, murió en su travesía. Sin

embargo, esa gente se ha hundido en sus propias guerras y conflictos. Para nosotros, el maíz y la agricultura han sido nuestra gran bendición. Nos han regalado siglos de expansión —decía Don Juan, lleno de orgullo.

—La Hermandad de los Cuatro Rumbos ha sido lo mejor que nos pudo suceder como continente. Somos el corazón del mundo, el misterio que muchos quisieran resolver —decía Martina mientras se daba un sorbo del café que acababa de tostar.

—Sí, muchos dicen que la modernidad nació en Europa, pero pocos saben que sus inventos fueron sembrados con el conocimiento nuestro.

Don Juan continuaba escribiendo: Nuestros templos son invencibles. En cuanto a la ingeniería, nadie ha podido superarnos. Pronto lanzaremos nuestro próximo cohete a Marte; el Dios del espacio nos dotó de la capacidad para explorar otros mundos. Desde nuestros ancestros esto se sabía.

—Nuestros dioses han sido buenos con nosotros, pero también hemos sabido ser agradecidos —mencionó Martina.

—Esta conexión siempre ha ido más allá de lo humanamente posible. Siempre han querido estudiarnos; se sorprenden de por qué nuestra gente es tan longeva. Pero nunca han entendido nuestra conexión con la naturaleza, con todo lo que nos rodea. Todo tiene vida, y somos conscientes. El respeto y el agradecimiento, ante todo, han sido nuestro norte. Ese ha sido nuestro secreto.

—¿Recuerdas aquella niña que se curó de aquel tumor en tan poco tiempo? ¿La que vino desde España?

—Cómo olvidarla. Sus padres se mudaron a América y se han involucrado tanto en nuestras costumbres que ya se sienten americanos. Están inmersos en todo lo que tiene que ver con nuestro régimen de salud.

—Sí, así como ellos hay tantas personas… Nos llevan estudiando toda una vida y todavía no han aprendido que deben hacer un cambio. Vivir en conexión con lo espiritual, en armonía con nuestra cultura, con la naturaleza.

Respeto, ante todo. Esa es nuestra esencia, y la que, nos ha hecho ser una cultura longeva y sabia.

Esa conversación, durante el café de la mañana, se retomaba cada día. Don Juan, el cronista de América, sigue escribiendo la historia.

El sol calentaba el día. El paisaje, un reflejo de lo que la sociedad simbolizaba. Don Juan miraba desde su hamaca allá en la campiña. El cronista, dedicado y responsable de su nación, reflexionaba…

EL BÉISBOL ME GUSTA PERO LEJITOS

por: Michel Pérez Pino

Soy cubano. El béisbol me corre por la sangre a la par de los glóbulos rojos y blancos. Busco los partidos, colecciono estampillas y no me pierdo ni un solo juego por la televisión o el estadio. Es un verdadero disfrute poder ver a mis grandes ídolos jugar; sin embargo, no resulté ser un buen jugador de pelota.

Déjenme contarles la historia de mis peripecias como jugador en mis años de infancia, con aquel bendito guante de pelota que todavía yace en una de las cajas de juguetes de mis hijos.

Recuerdo que de pequeño ya me sabía los nombres de los jugadores de mi provincia. Aquella historia emocionó a mi papá, que decidió hacerme un regalo: ¡me compró mi primer guante de béisbol! En las tiendas no había, y él se dedicó a rastrear por todo el pueblo a alguien que pudiera vendérselo… claro, por la izquierda.

Yo seguía empecinado en jugar pelota, y entonces mi papá fue a ver a “Caja de Huevo”, un gordo negociante que había en mi pueblo, un triste pueblecito de provincia, pero con un estadio de béisbol en excelentes condiciones.

Caja de Huevo le dijo muy bajito que sí, que se lo podía resolver por veinte pesos. En aquel tiempo, veinte pesos eran un dineral, pero mi papá reunió y reunió hasta que finalmente pudo comprarme el guante de pelota.

¡Era hermoso! De un cuero carmelita, con los cordones en rojo, y decía “guante oficial”. Estaba más duro que el carajo, así que comenzamos el proceso de ablandarlo.

Le dimos palos, lo tiramos debajo de las ruedas de los camiones de caña que pasaban cargados para el central en las afueras del pueblo, lo doblamos en miles de direcciones, y aquel cuero parecía de elefante. “Ya se irá ablandando poco a poco”, me dijeron los más viejos conocedores del deporte. Yo, desconfiado, no les creí, pero no obstante comencé mi corta carrera de jugador

de béisbol… ¿Por qué corta? Es como para morirse de la risa. ¿Qué hubiera pasado si aquella tarde no…? Bueno, mejor les cuento.

Estábamos jugando en uno de los terrenos cercanos a mi casa, y yo estaba patrullando el jardín central. Parecía todo un jugador profesional con mi pantalón, mi gorra y, sobre todo… ¡mi guante nuevo! Envidia del resto de los muchachos que todos los días nos reuníamos en aquel lugar. Repartimos los equipos y comenzamos a jugar.

Apenas había comenzado el encuentro, yo emocionado, pues ya había bateado un sencillo y me había embazado, ese fue el momento en que llegaron mis penurias. Batearon un fly muy alto; yo salí a buscar la bola, decidido. El sol hizo de las suyas: la pelota chocó con el borde del guante, que al final no pude cerrar, y fue a dar directamente en mi frente. ¡Qué dolor! La cabeza se me movió; si llego a tener los dientes empastados, se me hubieran caído todos. Estáb y en ese mismo instan sional.

Le co ían, le huía a los flys, a o. El guante siguió para siempre.

Pasar n me invita a jugar. para mí y los guant

MI RETIRO ESPIRITUAL DESCRITO EN UN CALIGRAMA

por: Raquel Cantero

Humberto Herrera, de un poco más de 40 años, unos ojos color ámbar, grandes, que por algún motivo parecen haber perdido su brillo; sus hombros caídos delataban probablemente el peso y el cansancio que sentía tras su espalda, y una sonrisa forzada que dificultó que pudiera convencer a alguien. Quizás estaba atravesando por la crisis de la mediana edad, un divorcio conflictivo: se discutió por la liquidación de la comunidad conyugal, la manutención de los hijos, los horarios de visitas, quizás insatisfacción laboral, solo Dios sabrá qué más…

Una vieja amiga de la universidad, que lleva tiempo ya tratando de cultivar su espiritualidad, decide hacerle una invitación a una especie de retiro espiritual, el cual se llevaría a cabo en una playa escondida. Humberto manifiesta que sufre de talasofobia y por tal motivo no cree prudente que deba asistir a ese retiro espiritual.

Sin embargo, Teresa insiste: precisamente ese es uno de los motivos por los cuales debería asistir.

—Yo creo —señala Teresa— que deberías darte la oportunidad de pasar un día diferente, conocer otras personas, relajarte, disfrutar la naturaleza. No hay nada mejor que un baño de playa. Por lo menos puedes despejar tu mente; es solo una invitación sin compromiso, tú verás cómo te sientes. Este es un camino largo… para alcanzar el florecimiento personal.

Llega el día del tan renombrado retiro. Antes de que despunte el alba, se siente aún el frío, creo que todavía no son ni las seis de la mañana; salen hacia el lugar acordado. Durante el viaje en bus deben atravesar un clima lluvioso de montaña que hace temblar a más de uno. Deben pasar en lancha para llegar a la playa.

Humberto se preocupa al escuchar el undísono. Teresa le dice que cierre los ojos y respire lentamente, que trate de disfrutar el paseo. En realidad, es un paseo indescriptible: el profundo mar azul prusia y las ondeantes olas, un poco fuertes; a los lados las cordilleras. Esta es una de las playas más cotizadas del centro del país: La Ciénaga, un verdadero paraíso natural que quizás pocos puedan disfrutar, especialmente porque el paseo en lancha no es muy económico que se diga. Quizás lo único es que el agua es un poco fría. Es considerada una piscina natural y muchas personas van a realizar deportes y actividades acuáticas.

—Amigo —dice el lanchero—, ¿si quiere lo llevo para que vea las estrellas de mar?

—¿Estrellas de mar? —dice Humberto, quien cree que se puede marear.

—Sí, lo voy a llevar unos minutos.

Hacen un desvío y se van a una de las orillas, y solo pueden sacar por unos minutos las estrellas de mar para evitar que mueran.

—Hay otros paseos —dice de manera pícara el lanchero—, le recomiendo el túnel del amor, pero es mejor para más tarde…

Inefablemente Humberto se comienza a relajar. Parece que su estado de ánimo empieza a cambiar; experimenta dentro de sí como una especie de eudaimonía.

Por fin llegan a la playa escondida. Hay un grupo de personas de diferentes edades, algunos de otras ciudades, y el líder espiritual los invita a que respiren lentamente, dejen todas sus pertenencias y se relajen. Que observen, en primer lugar, el encanto con la naturaleza, la brisa marina, y les indica realizar ciertos tipos de ejercicios de gimnasia psicofísica. El líder espiritual les recomienda que se imaginen que son una planta y que realicen movimientos de heliotropismo. Cada persona se mueve lentamente, buscando, pareciera, simultáneamente los rayos solares y la iluminación divina.

El líder espiritual decide aproximarse a Humberto. Le toca el hombro y le pregunta:

—¿Cuál es tu dolor?

A lo cual Humberto comienza a tagoretear; quizás enfrentar sus emociones le resulta muy difícil.

—Respira lentamente, llegaste al lugar indicado. Puedes mostrar cómo te sientes, tranquilo, aquí respetamos el proceso de cada quien. Vamos a hacer otro ejercicio, Humberto. Vamos a hacer un holocausto en el cual sacrificarás para siempre tus miedos, fracasos, traumas, todo lo que te pesa, molesta, incomoda. Todas esas cargas las vamos a dejar hoy.

Hacen una fogata.

—No me tienes que decir a mí, Humberto. Escribe cada uno de tus miedos, situaciones difíciles, las emociones que estás viviendo, y las incineramos en el holocausto, para que no tengan más control sobre tu vida. Pero a medida que las escribes y las vas quemando en el holocausto, imagina que te desprendes de esa situación desde el interior de tu ser. No importa que tengas que tomarte unos minutos; si necesitas recordar algo, no hay ningún apuro, tómate tu tiempo.

Luego hacen unos ejercicios lentamente, acompasados con la respiración. Humberto, al principio, se siente como un homúnculo; sin embargo, poco a poco, con ayuda del líder espiritual, logra soltar todas sus cargas y comienza a sentir un proceso de metanoia. Uno de los efectos es que Humberto abandona su personalidad inexorable; considera que todos sus traumas se van y empieza a vivir un momento de ataraxia. Probablemente, a partir de hoy, comience a vivir en un estado de frugalidad en la vida de Humberto.

LOS CALIGRAMAS DE IFBAR

Por Kenny Alcántara

La aparición de los portugueses en las costas de Yemen hizo que Sharaf Al-Qadar abandonara las aguas undísonas del mar del sur para dirigirse con su esposa y sus dos hijos hacia el norte. En busca de zonas más seguras para el comercio, conoció en aquel entonces a un alquimista al servicio de grandes mercaderes. Empezó como su suministrador de especias raras, pero con el tiempo se convirtió en su discípulo, instruyéndose en el saber que buscaba el enigmático al-iksir. Aprendió los secretos curativos de las hierbas heliotrópicas, a fabricar ácidos corrosivos y a manipular metales. Pero de todos los conocimientos alquímicos, a Sharaf le obsesionaba un saber aberrante: el de crear vida no natural.

Luego de leer numerosos tratados y florilegios antiguos, Sharaf logró convertirse en alquimista. Construyó su laboratorio en Bind, donde poco a poco fue adentrándose en experimentos raros, intentando formar vida nueva, aunque de forma infructuosa.

Entre los alquimistas, se decía que era posible crear criaturas de aspecto repulsivo, los yarmuts, similares a los homúnculos que Paracelso nombraría tiempo después. Aunque Sharaf no había visto nunca a ningún yarmut, sus colegas aseguraban que un anciano, un tal Badil Ifbar, del desierto de Yarak, no solo tenía una colección, sino que además había logrado descubrir el ansiado al-iksir, el cual consumía. Según los rumores, el éxito de sus experimentos abominables se debía a los secretos otorgados por los demonios del desierto.

Sharaf, que por aquel entonces todavía conservaba un buen corazón, rechazó la idea de recurrir a dichos procesos. Intentó hallar formas alternas, pero al no encontrarlas, se planteó la posibilidad de abandonar la eudaimonía que hasta entonces le había prodigado la religión de Muhammad.

Cierto día, su mentor lo mandó a llamar. Le dijo que pronto iba a morir y le entregó todas sus herramientas y libros para que pudiera continuar

investigando. La herencia incluía unos textos escritos por el propio Ifbar. Estos eran caligramas, cuyos contornos dibujaban las formas de monstruos humanoides de varias extremidades y colas de rata, los yarmuts. Quien pudiese entenderlos podría generar dichas formas horribles de vida.

Pero había un obstáculo: los métodos de Ifbar, por repulsivos que fueran, no se podrían realizar si no se comprendían en su totalidad. Durante meses, el alquimista trabajó arduamente para descifrar los pergaminos, hasta que, cansado de sus fracasos, decidió dar con su propio autor. Iba a convencerlo de que le revelara sus secretos.

De la ubicación de Ifbar, lo único que sabía era que, debido a su talasofobia, residía en el este del desierto de Yarak. Él no halló a Ifbar. Los hombres de Ifbar lo encontraron a él. Cubiertos de pies a cabeza por telas del color de la arena, los encorvados y deformes siervos lo condujeron ante su señor, cuyo palacio se encontraba bajo una enorme duna.

Cuando Sharaf vio a Ifbar por primera vez, quedó hipnotizado. Por su edad, se lo había imaginado como un viejo que apenas podría caminar, pero Ifbar era asombrosamente joven. Aunque su barba era blanca, no parecía tener más de veinte años. Sus ojos eran dorados, como todas las argollas que pendían de su cuerpo. Sus vestiduras eran de telas finas. Todo en él era opulento y hermoso. Sharaf dedujo que era cierto: Ifbar había conseguido el al-iksir y lo consumía.

En todo momento, Ifbar fue amable y cortés. Cada vez que le hablaba, le transmitía una ataraxia que subyugaba su voluntad. Le hizo varias preguntas y, luego de saber el propósito de su visita, le dijo que compartiría sus secretos solo si Sharaf juraba aprenderlos. Sharaf juró que lo haría, condenándose a sufrir una inexorable metanoia demoníaca.

Así es como empezó a moldear sus primeros yarmuts. Sus creaciones iniciales no eran más que dedos asquerosos y lechosos que no se movían, pero luego sus habilidades se fueron perfeccionando. En todo este tiempo, Sharaf vio a su nuevo maestro construir dentro de un cilindro enterrado y sanguinolento a un humanoide colosal hecho de carne y plomo.

—Eres débil y miedoso. Aún no te decides a derramar sangre familiar. Piensas que lo vas a perder, pero deberías tomarlo como una ganancia. Si quieres que tus creaciones vivan, tú sabes qué debes hacer.

Una noche, Sharaf regresó a Bind, donde estaban su mujer y sus hijos. Ese día la cena fue copiosa, aunque él se mostró frugal en todo momento. Su mujer creyó que estaba enfermo, pero el hombre guardaba un secreto. Siendo de madrugada, fue donde sus niños dormían, sedados por los somníferos que vertió en sus aguas, y los ató. Los llevó a su taller y los colgó del techo boca abajo. Con una espada curva, de un solo tajo cortó los cuellos de ambos y drenó su sangre en sendos recipientes de vidrio. Esa noche, Sharaf lloró y sería la última vez que lo haría. Con el corazón enfermo y caliginoso, regresó donde Ifbar, quien se regocijó al recibir los recipientes llenos de sangre y carne. Su yarmut monstruoso había crecido.

—Esta noche, mi niño va a despertar —le dijo.

La cena fue parca: un poco de carne ahumada y uvas. Cuando tragó la última uva, a Sharaf le embargó un entumecimiento en sus extremidades. Sabiendo que su maestro lo había envenenado, intentó vanamente montar en su camello para huir.

Cuando despertó, estaba colgado boca abajo, encima del cilindro donde yacía el monstruoso yarmut.

—La sangre inocente es valiosa —le dijo su maestro—, pero la sangre de quien es capaz de matar a sus propios hijos lo, es más. Mis pergaminos siempre atraen a alquimistas ambiciosos. Yo los traigo de esa manera a mi desierto. Los tientos y ustedes vienen. Qué mejor que la sangre de un asesino alquimista para alimentar a mi hijo.

Sharaf experimentó un tormento inefable. Sus venas parecían querer estallar. Ifbar pasó con delicadeza una cuchilla dorada sobre su garganta. Su sangre empezó a caer en un hilillo a través de un canal de bronce que llegaba al corazón del monstruo con cola de rata.

—Esta será tu última lección —le dijo, mientras él, amordazado, se sacudía intentando liberarse—. Se trata de trasmutación de sangre. Introduce parte del espíritu en el yarmut para que tenga pensamiento propio.

Dicho esto, Ifbar le retiró la mordaza para que gritara como quisiera y se sentó frente a él a comer uvas. En el desierto, nadie vendría a rescatarlo. Cuando se callaron todos sus gritos de dolor, el yarmut empezó a moverse. Primero fue una convulsión, luego un jadeo ronco, después paz.

—Te lo dije: eras débil y cobarde, pero ahora serás fuerte y valiente, hijo mío.

Si quieres, puedo hacer otra versión más pulida para lectura literaria, manteniendo toda la fuerza y horror del relato, pero con diálogos y acciones más fluidas.

MELODÍA FINAL

por: Emmanuel Lloret

La noticia de la caída del asteroide había llegado de improviso y las versiones sobre la misma eran tan numerosas como disparatadas. A decir verdad, no era la primera vez que un meteorito amenazaba al planeta, por lo que muchos decidimos ignorarlo. Un grave error que nos terminaría costando muy caro.

Por ese entonces vivía junto al conservatorio de música de la ciudad. Mis padres eran profesores allí y yo estaba por graduarme como profesor de piano, pasión que compartía con mi madre. Mi padre era el director de la orquesta del conservatorio y, en el momento en que llegó la alerta, estábamos estrenando nuestra más reciente pieza ante un auditorio completo: cinco mil almas en aquel lugar y cuatro veces esa cantidad distribuidos en las diferentes zonas del complejo. Cuando nos enteramos de que solo quedaban menos de veinticuatro horas para la caída, el descontrol fue total.

Las redes sociales y las líneas telefónicas fueron los primeros en colapsar. Los segundos fueron los transportes públicos y las carreteras. Todos teníamos familiares y amigos fuera de la ciudad a los que poco veíamos, pero muchos, al saber que apenas nos quedaban horas de vida, desearon verlos una vez más. A estos colapsos le siguieron saqueos, actos delictivos y violencia por todos lados. Cientos de miles de vidas se perdieron a unas cuantas horas del impacto.

Mis padres, yo y parte de las personas que estaban en el conservatorio nos quedamos en el auditorio. El sótano era un lugar que aparentaba ser seguro y, viendo el caos en las afueras, lo consideramos nuestra mejor opción.

Tras algunas horas de angustia y desesperación, quedamos completamente aislados del resto del mundo. Los satélites dejaron de emitir señal y con ellos las emisoras de radio y televisión que nos mantenían informados. El silencio

ante la incertidumbre solo fue interrumpido por los sollozos, lamentos y susurros desalentadores que se escuchaban afuera, en los pasillos.

Ante la falta de noticias, mi padre reunió a un puñado de voluntarios y marcharon hacia el centro de la ciudad en busca de provisiones y algo que nos indicara cómo estaba la situación. Los que nos quedamos permanecimos en el sótano y en las inmediaciones del auditorio, envueltos en un ambiente sombrío y fatalista. Aquel bullicioso silencio nos hubiera llevado a la locura de no ser por mi madre y su hallazgo de un viejo piano en aquel oscuro lugar.

La tensión pareció suavizarse cuando, con dedos ágiles y rápidos, ella comenzó a tocar la última pieza que habíamos compuesto. Era una melodía alegre, pero que desafiaba a su intérprete a esforzarse al límite. Tocó por horas, cautivando a su audiencia, que en su mayoría aún no había escuchado ni un fragmento de la melodía antes de ese momento. Durante este tiempo, las preocupaciones dieron paso a un clima alegre, en el que incluso hubo quienes se animaron a danzar o acompañar con palmas. Esas fueron las últimas horas de normalidad que tendríamos.

De pronto, aunque aún era media tarde, el cielo se oscureció, extinguiendo la ya escasa luz que se filtraba por los numerosos ventanales que servían de ventilación del sótano. Mi madre dejó de tocar e, impulsados por la curiosidad, salimos todos al parque para ver qué acontecía.

Recuerdo que no corría nada de viento y el cielo, que se había tornado de un negro más oscuro que la noche más cerrada, era iluminado de tanto en tanto por relámpagos verdes fluorescentes que aparecían y desaparecían en un parpadeo. De repente, todo el firmamento estalló en una luz cegadora y aparecieron los asteroides.

Una enorme roca, que podía compararse con el tamaño de la ciudad, apareció sobre el cielo. Iba envuelta en llamas verdosas y se precipitaba a gran velocidad, rodeada por cientos de rocas más pequeñas. Muchos corrimos de regreso al interior del conservatorio, pero no todos nos siguieron. Cuando se produjo el impacto, la mitad de nosotros aún se encontraba afuera del

auditorio y la onda expansiva los alcanzó de lleno. Mi madre estaba entre ellos.

Quienes logramos llegar al sótano nos vimos arrojados al suelo. El golpe me había arrebatado el aire de los pulmones. La tierra temblaba y la cabeza me daba vueltas. Intenté incorporarme, pero las piernas me fallaron y volví a caer, perdiendo el conocimiento.

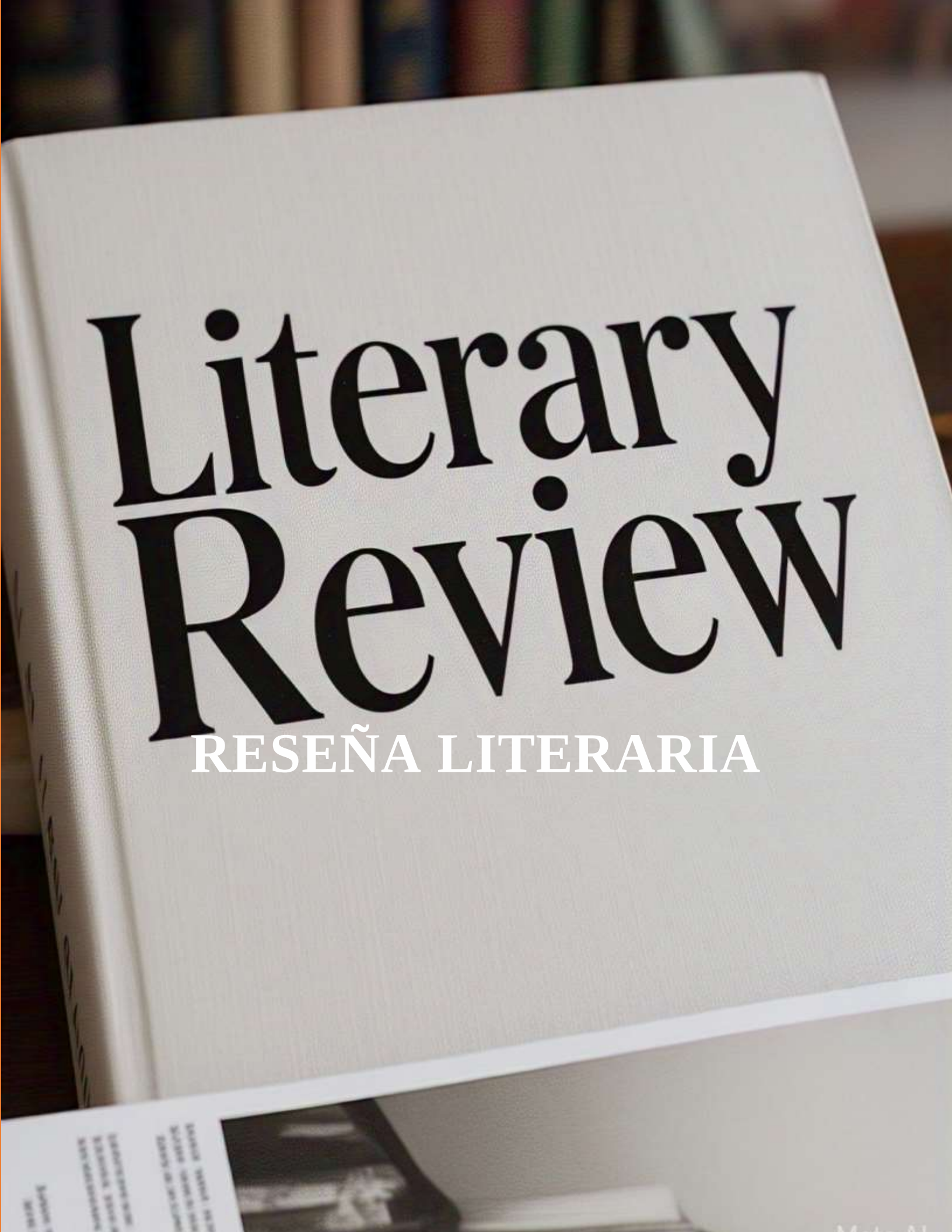
Cuando desperté, el ambiente del sótano estaba envuelto en llantos y lamentos. Un puñado de sobrevivientes iba de un lado a otro intentando ayudar a los heridos y consolar a los desesperados. Otros, que seguían inconscientes, habían sido dispuestos cuidadosamente junto a los muros.

Una mujer se me acercó y me ayudó a incorporarme. Al comprobar que podía mantenerme en pie sin su ayuda, se apartó y me puso al tanto. Una bruma verdosa había cubierto el exterior, me explicó, y al parecer era tóxica porque quienes habían quedado expuestos a esta se habían vuelto violentos y atacaron a quienes salieron para intentar socorrerlos, asesinándolos usando solo sus manos y dientes. Desde entonces habían tenido que bloquear las puertas al auditorio. Al acercarme a ellas agudicé el oído y pude escuchar los golpes y aullidos ahogados que proferían los infectados.

Yo había permanecido inconsciente por casi un día completo y el estómago me rugía. Pregunté cómo estábamos de suministros, pero la respuesta fue desalentadora. Lo poco que había quedado en las cocinas se encontraba en otro edificio al que no teníamos acceso desde allí. Busqué con la mirada a mi madre, porque ella siempre tenía un plan. Fue entonces que reparé en que ni mi padre ni ella estaban entre nosotros y mi mundo se derrumbó.

Dejé de prestar atención a mi alrededor y me sumí en una profunda tristeza. Dejé de preocuparme por los infectados y por la comida. El dolor de la realidad me invadió. Caminé como sonámbulo, sin dirección, hasta que me encontré de pie junto al viejo piano. Sin saber por qué, me senté frente a él y comencé a tocar aquella melodía, la última pieza que había creado mi madre. Su sonido alegre y festivo sonaba fuera de lugar en aquel sitio, pero seguí tocando. Su melodía me ayudó a dejar de sentir. Dejé de sentir el dolor que me

invadía, dejé de sentir el ruido de alrededor y los gritos de desesperación; ni siquiera escuché cuando las puertas crujieron y cedieron ante los embates de los infectados. No sentí los gritos de dolor y terror que invadieron el aire. Tampoco sentí cuando los primeros dientes penetraron en mi hombro.



RESEÑA LITERARIA

Tetralogía de Leonardo Padura

por: Anniabel Martínez Gómez

En esta ocasión es necesario abordar las cuatro novelas que componen esta tetralogía, porque juntas conforman una historia que permite entender el sentimiento de fracaso de una generación que creció con el proceso revolucionario. Ellas son: Pasado perfecto (1991), Vientos de cuaresma (1994), Máscaras (1997) y Paisaje de otoño (1998). Estas historias, además, fueron llevadas a la televisión como una miniserie titulada Cuatro estaciones en La Habana, estrenada en Netflix.

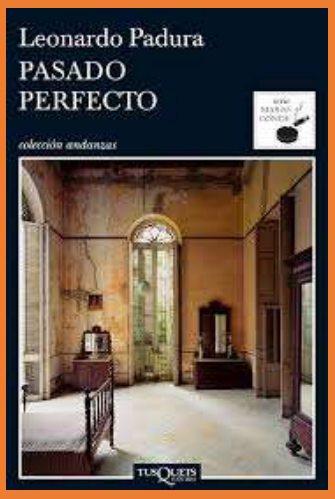
El personaje protagónico de estas cuatro novelas es el teniente Mario Conde, un policía nostálgico con una vida caótica. Un hombre con muchos problemas, pero con valores éticos muy fuertes y apasionado por la literatura, que mantiene una batalla ética contra la corrupción, la doble moral y el oportunismo.

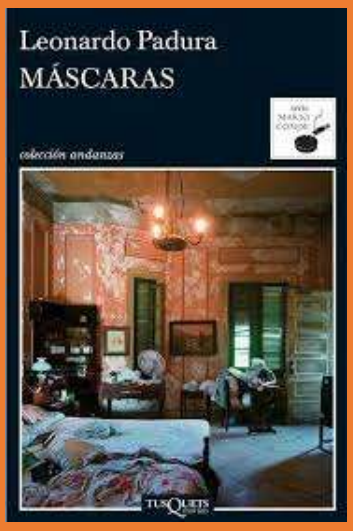
La lectura de esta obra permite realizar un viaje por diferentes momentos de la vida de los cubanos desde 1959 hasta el mal llamado “Periodo Especial”, en la década de los noventa.

Leonardo de la Caridad Padura Fuentes, nacido en 1955, es un escritor, periodista y guionista cubano, con un arsenal de novelas, cuentos, ensayos, reportajes y guiones en su haber. Con varios premios, dentro de los cuales se encuentran: Premio Hammett (1998 y 2006), Premio Princesa de Asturias de las Letras (2015), Premio Nacional de Literatura (2012), Orden de las Artes y las Letras (Francia, 2013), entre muchos otros.

En el fondo, hay en Las cuatro estaciones un cuestionamiento al modelo de Estado de la etapa de consolidación revolucionaria, una visión desde la distancia que imponen los años y la crisis provocada por el colapso del socialismo. De este modo cambian ciertas categorías del policiaco revolucionario. Una de ellas es la relación entre memoria e historia.

Sin duda, es una lectura para disfrutar, analizar, comprender y sentir empatía por su personaje, a la misma vez que nos hace cavilar, nostálgicamente, por una sociedad que se desarma.





TERTULIA POÉTICA

YO CREÍ

por: María Isabel Méndez

Yo creí
veo el recuerdo
de tus palabras de amor,
hechas de tinta embustera.
La flama nostálgica
hace arder el abismo
que dejaste en mi pecho.

El sebo de cano cierra las grietas
de abandono en mis labios.
Se agotan los granos
de arena en el reloj
de mi famélica esperanza
de creerte otra vez.

Yo creí que era cierto,
el paraíso que pintaste.
El puño de tu abandono
incrustó de nuevo
la soledad en mi corazón

.MÁS ALLÁ DE LA UTOPÍA

por: Michel Pérez Pino

Tu cuerpo frágil llega
y me despierta
del letargo de la vida sin tu cuerpo.
Puedo verte danzar frente a mis ojos
a pesar del abismo.
Mis manos se extienden deseosas
sin llegar a tocarte.
Recorres el mismo sendero
cada día.
Extasiado, no me canso de mirarte.
Quisiera atravesar las vestiduras
que se ciñen
a tu cuerpo perfecto.
Vístete con mi piel por un instante.
Déjame saborear tus comisuras,
apresar tu cintura
y ver la vida.
Amo tu delgadez y tus costillas,
el lunar que he añorado besar
hasta el cansancio.
Tus ojos y los míos
se han vuelto más que uno.
No me importan los años,
solo tú…

MUJERES: ARTIFICES DE LA LITERATURA

MUJERES EN LA LITERATURA

LA VOZ INCANSABLE DE AMÉRICA

Por: María Isabel Méndez

Nació en Lima, Perú, el día 2 de agosto de 1942. Tengo el honor de traer para ustedes memorias acerca de alguien que conoció el dolor de la separación a través de una experiencia que marcó de manera trascendental su vida, tal y como lo es el caso de nuestra escritora de agosto.

¿Por qué Isabel Allende? Bueno, es porque, además de ser su mes aniversario, "ella aún vive". Está con nosotros en carne y hueso y, por eso, en su mes de cumpleaños quiero hablar un poco de lo que representa la escritora latinoamericana que ha traducido a más de 40 idiomas sus obras, convirtiéndose en la autora viva más leída del mundo de habla española. Practicante de la postura del agnosticismo como creencia religiosa y, con todo el respeto a la otredad, me complace ponerme de pie ante un ser humano que ha aprendido a convertir el dolor en el motivo de la búsqueda de la fuente de la fortaleza.

Isabel es el tipo de mujer que ha logrado remontarse por encima de las circunstancias que han sucedido a lo largo de su carrera. Tras la pérdida de su hija Paula, quien falleció en 1992, Allende escribe una de sus obras más conmovedoras, la que se dice que la consagró como escritora: Paula, en su memoria. Quienes han leído este ejemplar cuentan que lo han hecho tal como ella, su autora, dice que fue escrito "con lágrimas", por tratarse de vivencias colmadas de dolor y resentimiento, y, dicho por ella misma, "ocurrió la catarsis".

Con el oficio de periodista, Isabel logra tener una herramienta para ejecutar el proceso creativo de sus obras. Son sus experiencias vividas la base para cada uno de sus frutos literarios.

Conquistó el Premio Nacional de Literatura en Chile en 2010.

Es miembro activo de la Academia Estadounidense de las Artes y las Letras. Feminista y fiel creyente de la idea de que "las mujeres unidas son más fuertes". Su género es la novela, maneja muy bien el realismo mágico y cuenta que, al momento de escribir, no tiene un tema orquestado, sino que en el proceso creativo las ideas fluyen por sí solas. Hay quienes exaltan sus obras, como también quienes la han criticado, pero eso no es lo que queremos resaltar en este espacio. Lo tomo en cuenta solo para tener referencia de que, como escritores, podemos ser alabados o severamente trillados por quienes se dedican a buscar la imperfección en el

prójimo. Pero esto no nos debe detener en ningún momento; más bien, nos debe alentar a continuar en la labor de crear para llegar al corazón y a la razón de un público que el destino tiene preparado para cada escritor(a). Ser portadores de medicina a través de lo que escribimos ayuda a sanar las heridas de las personas que, como nuestra querida Isabel, han pasado momentos en los que sienten que la vida duele profundamente.

Entre sus obras se encuentran:

- Inés del alma mía
- Largo pétalo de mar
- La casa de los espíritus
- Paula

Por hacer así mención de su rica y amplia trayectoria literaria

MISTERIO EN LA
LUNA

CAPÍTULO 3: LAS CAUSALIDADES

En su casa, la paz ya no habitaba. Había algo que lo inquietaba; era como si algo o alguien lo estuviera observando. Una noche lluviosa y tormentosa, en la que regresaba tarde del trabajo, nada fue normal para él. Al llegar a su casa, notó que los libros que tenía sobre su mesa de noche estaban tirados en el suelo. Sentía ruidos extraños que antes nunca había escuchado. Era como si un collar de perlas se hubiera roto encima de una mesa de cristal, pero en su casa no había mesa de cristal y, mucho menos, perlas.

—Aquí no ha entrado nadie, ¿verdad, Max? —le preguntó a su perro, que lo miraba moviendo la cabeza de un lado a otro, como tratando de entenderlo.

Volvió a colocar los libros sobre la mesa de noche y se acostó. Había tenido un día de trabajo muy agitado. No por ser un empleado de mantenimiento su trabajo era el menos importante; al contrario, se le exigía que todo estuviera impecable y desinfectado. En los laboratorios y centros de control nada podía estar contaminado. Esto podía acarrear muchos accidentes y no podían correr riesgos. Así, los días de Samuel eran muy intensos y agotadores, pero para él, que tenía alma de investigador, muy interesantes.

Esa noche soñó con una silueta alta, muy alta y delgada, llena de luz. Una luz indescriptible, pero que lo atraía. Esta le extendía la mano, pero tan pronto se acercaba, algo lo jalaba como tratando de evitar que se fuera. Era como si algo gravitacional lo aguantara.

Despertó asustado. El corazón le latía como caballo desbocado. Estaba empapado de sudor. Se levantó para ir al baño y, al regresar a su cama, notó que los libros estaban nuevamente en el suelo, tirados.

—¡Qué raro! Los puse sobre la mesa antes de acostarme… —pensó, pero atribuyó que tal vez el perro los había tirado tratando de agarrar la mitad del sándwich que había dejado.

Sonó el teléfono. Extrañado, miró la hora. Eran las 3:00 de la madrugada.

—Hola, buenas noches. ¿Quién es? —el silencio era el que hablaba, perturbador para Samuel.

Colgó tratando de tranquilizarse. Pensó que posiblemente pudo ser un número equivocado. Decidió acostarse un rato más. Estaba exhausto. Total, no tenía que hacer nada al día siguiente temprano. Empezaba su jornada a las 6:30 de la tarde.

Despertó a las 10:00 de la mañana. No había dormido bien. Tuvo muchos sueños extraños que no recordaba. A las 11:00 de la mañana, mientras se disponía a tomar su tercera taza de café, sonó el teléfono. Era su jefe.

—Hola, ¿quién es?

—Hola, Samuel, soy Steve. Necesito que te presentes a trabajar más temprano, si es posible de inmediato. Algo ocurrió en la biblioteca. Al parecer, alguien entró y tiró todos los libros al piso. Necesito que vengas a hacer el inventario. Solo tú estás autorizado a entrar en esa biblioteca.

—¡Qué extraño! Más libros tirados… —dijo en voz baja.

—¿Qué dices? —preguntó el jefe.

—No, nada… Estoy en media hora allí.

—Perfecto, te espero.

Samuel comenzaba a inquietarse. En la base nunca había ocurrido algo así, que él supiera. Además, a la biblioteca no había entrado nadie en su turno, excepto él.

—¡Libros tirados! Igual que aquí… —pensó.

Al llegar a la base, Samuel se reportó con su jefe, el señor Steve Murphy.

—Señor, ya estoy aquí. Dígame por dónde comienzo.

—Samuel, no te dije nada por teléfono, pero es inaceptable lo que ocurrió en la biblioteca. Tenemos los videos de la cámara de seguridad y el único que entró ayer fuiste tú —dijo molesto el supervisor.

—Señor, yo sí estuve en la biblioteca, pero limpiando los libros. En ningún momento los arrojé al suelo.

—Sabemos eso por las cámaras. ¿Pero qué tanto buscas en los libros? Te hemos visto leyendo los libros clasificados.

—Señor, créame que no soy ningún infiltrado ni nadie que quiera hacer daño a esta empresa. Tengo que confesar que siempre he sido un lector voraz. Amo trabajar aquí porque siento que puedo aprender. Mi interés por sus libros es solo por aprender —dijo tratando de convencer al jefe de su inocencia—. Jefe, el que sea solo un empleado de mantenimiento no significa que deba ser un ignorante. Aquí hay que tener conocimiento de lo que se maneja, por seguridad. Usted siempre lo ha dicho.

—Tienes razón. Siempre has sido un buen empleado. Aprendes rápido y eres de los pocos que siguen instrucciones. Eso lo valoro mucho. Además, te hemos investigado y eres de confianza.

El jefe inmediatamente le dio la lista del inventario de libros y lo envió a trabajar.

—En la biblioteca hay libros clasificados. Libros que nadie conoce. Necesito que hagas un inventario exhaustivo de los mismos. No podemos darnos el lujo de que alguien se robe algún libro. Ninguno de esos libros puede salir de aquí.

—Tranquilo, señor, me haré cargo.

Samuel estaba algo ansioso y, a la vez, sentía que era la oportunidad de saber algo más de lo que se decía entre líneas en aquella carta. El hecho de tener la confianza del jefe era bueno para su propósito. Comenzó por recoger un libro que había quedado abierto en la página 33 específicamente. Al leer, se impresionó: “La luna es un lugar lleno de vida. Sus pobladores son seres de luz…”

En ese momento el teléfono de la biblioteca suena, era nuevamente el jefe…

____ Samuel, ven enseguida. En el laboratorio hubo un derrame químico y te necesitamos. Ponte toda la protección necesaria.

____ Iré de inmediato. Soltó el libro y salió.

En el laboratorio reinaba el caos. Samuel no entendía bien lo que sucedía. Solo era el de la limpieza. No le daban la información completa, salvo la requerida por seguridad.

Se limitó a seguir instrucciones y a limpiar conforme a las indicaciones. Sin embargo, alcanzó a escuchar algo que le dejó la piel de gallina…Uno de los científicos le dijo al ingeniero:

____ Señor, esto es serio. Es como si algo no quisiera que continuáramos con esta investigación.

____ ¡Tonterías! Somos personas de ciencia, no podemos creer en supersticiones ni nada de eso.

____ Señor, hemos recibido llamadas extrañas, los libros clasificados de la biblioteca, ahora el derrame del laboratorio. ¿No le parece demasiada coincidencia?

____ Lo que me parece es que no han sido lo suficientemente estrictos y cuidadosos con su trabajo. ___respondió molesto.

____ Señor, los astronautas del Apolo reportaron cosas semejantes. Los doce…los doce han tenido…

____ ¡Cállate! Aquí hay gente que no puede escuchar.

Samuel sintió que su corazón salía de su pecho. Él estaba involucrado ya en todo esto. Pensó en la carta. Esa carta clasificada que él leyó… la misma que le abrió la curiosidad por seguir investigando. Gracias a ella se había interesado en todo lo que tenía que ver con la luna y que, también le había hecho recibir un regaño del jefe por estar leyendo libros que no debía. Desde que leyó esa carta todo había cambiado, los libros, los sueños con los hombres de luz, las llamadas… Sabía que algo extraño estaba ocurriendo y, fuera lo que fuera, le estaba ocurriendo lo mismo que a los científicos. Lo que fuera, ya sabían de él…

Copyright © 2025 Reino Olvidado Todos los derechos reservados
Los personajes y eventos que se presentan en este li son ficticios.
Cualquier similitud con personas reales vivas o muertas es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del autor.

Impreso en Argentina